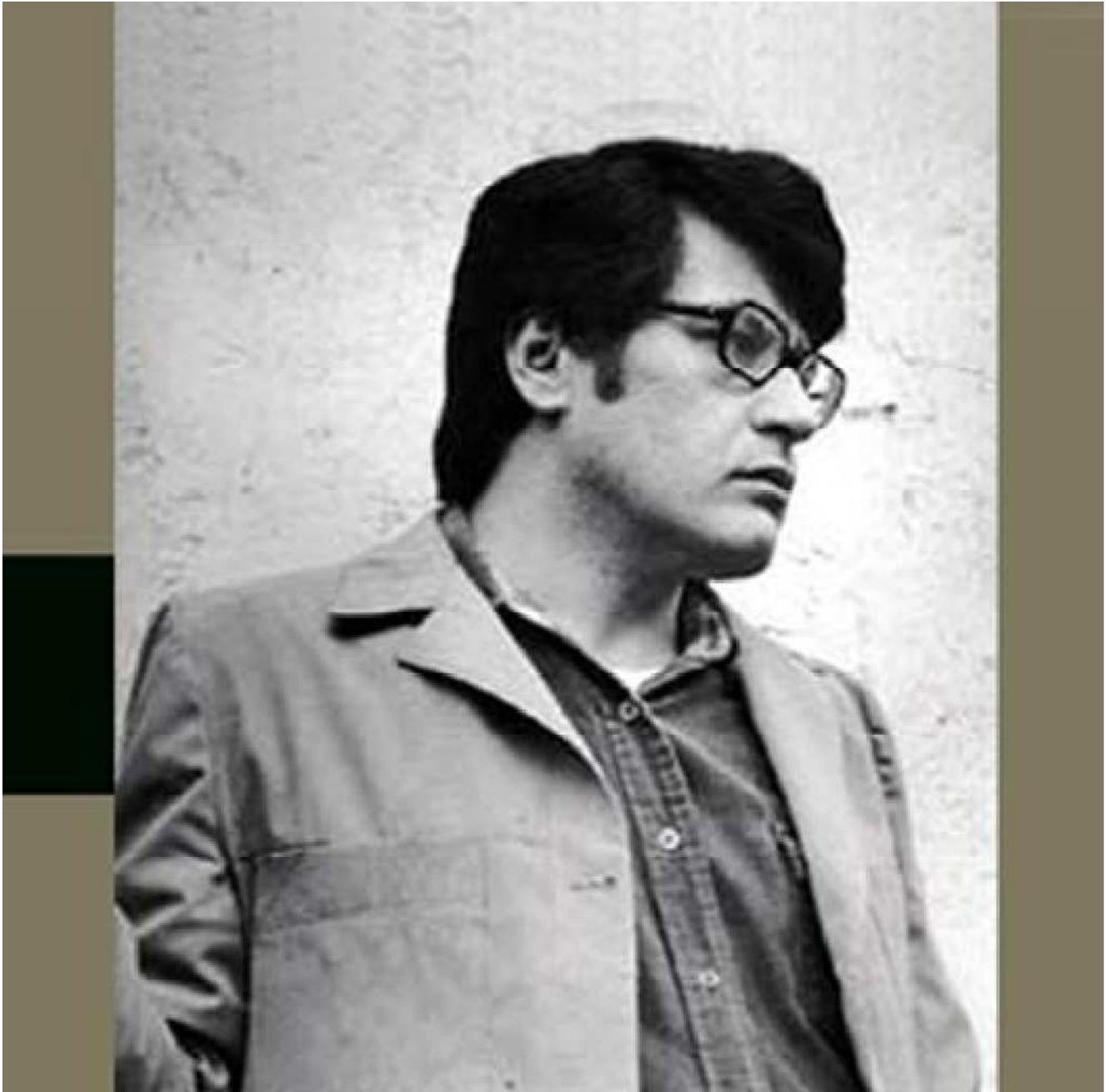


Arquitrave



**José Emilio Pacheco • Napoleón Lapathiotis • Jorge de Sena
Francisco Morán • Víctor Bustamante • Blanca Castellón
Iacyr Anderson Freitas • Juan Mildenberger
Felipe García Quintero**

José Emilio Pacheco

Jorge Fernández

Ya desde principios de la década de los ochenta José Emilio Pacheco (México, 1939) era considerado una figura central de su generación. Los dos primeros títulos de su obra, *Los elementos de la*

noche (1963) y *El reposo del fuego* (1966), eran asombrosos. Finos sedimentos en equilibrio tanto de la tradición francesa simbolista y surrealista como de los Contemporáneos, quizá también de Octavio Paz, Alí Chumacero y Rubén Bonifaz Nuño, poemas tempranamente maduros dispuestos en impecables series o meditaciones alegóricas. Podríamos decir que son elegías de una temprana



na madurez. Su elegante labrado formal es paralelo a su temple clásico. Poemas impecables donde la naturaleza y el tiempo vencen una y otra vez al apurado corazón del hombre y sus trabajos. Lugares de lamento. Flota en ellos una atmósfera nocturna y una

intemporal sabiduría. Ya desde estos libros, los elementos de la materia, el tiempo y la destrucción, el drama de la conciencia, el logos absurdo y finalmente doloroso, se desplegaban como los asuntos centrales de una temática cuya universalidad y pulcritud la situaron inmediatamente en muy alta estima.

No me preguntes cómo pasa el tiempo (1969) fue un

auto examen, giro de 180 grados que colocó al poeta y a su obra como subproductos de una impotencia mayor: la historia. Responder a la pregunta: ¿cuál es hoy el lugar de la poesía? con la franqueza necesaria y, al mismo tiempo, renovarla en ese replanteamiento parece el derrotero que toma su obra poética a partir de entonces. Libro que parece formado de retazos y aforismos, algunos inolvidablemente agudos, *No me preguntes cómo pasa el tiempo* inaugura también un amplio ciclo, decisivo, que se prolongará en *Irás y no volverás* (1973), *Islas a la deriva* (1976) y *Desde entonces* (1980) para cerrarse con *Jardín de niños*, extenso poema que puede considerarse una síntesis de sus preocupaciones tutelares, fábula en torno a la pérdida de la inocencia y de todo significado perdurable ante la devastación del tiempo.

El título de *Irás y no volverás* alude al lugar o país de los cuentos infantiles a donde se iba y de donde no se regresaba nunca. Ese lugar podría ser también esta segunda época de la poesía de Pacheco; la cual parece haber quemado las naves con su paraíso de pureza. Poner sobre la mesa el revés, la confesión, el anticlímax de la propia voz poética no es un mero ejercicio de estilo. Con la brevedad del apunte y la austeridad del testimonio, los poemas de este ciclo -que no dejan de responder también, dentro de su mordacidad crítica, a un examen ético del lenguaje literario- asumen una desnudez que, paradójicamente, los fortalece.

El tono conversacional de algunos poetas norteamericanos, la antipoesía de Nicanor Parra, y la saludable irreverencia de Ernesto Cardenal o de Jaime Sabines están más cerca de esta, ya definitiva y diferenciada, voz de Pacheco, cuyos más perdurables méritos son probablemente la transparencia comunicativa y la erudición revertida a la cotidianidad que hace de todas las venas literarias que lo alimentan una sola corriente con capacidad a veces narrativa, a veces alegórica, a veces aforística. Lenguaje extremadamente cultivado que sin embargo produce la impresión de un habla llana.

Otra aspiración constante de este autor desde sus primeros libros es convertir el poema en instrumento de reflexión tribal, perenne y anónima, la mallarmeana legislación de dar un más alto sentido a las palabras de la tribu. En este sentido, inventa

un género literario: las aproximaciones, que parten de la traducción de otros poemas pero aspiran a más, a reencontrarlos, a rescribirlos en otro tiempo y espacio. La afinidad de José Emilio Pacheco con esos textos lo lleva a recrearlos y a situarlos al lado de los suyos en cada nuevo libro, con lo que proponen un puente de espejos en el cual sus poemas son también preguntas a la poesía de otros poetas, y sus traducciones de otros poetas son también nuevos poemas propios. Poemas que reaparecen, reanunciadas de un poeta a otro y de un idioma a otro.

Los años ochenta y noventa fueron el escenario de un tercer ciclo poético que se abre con *Los trabajos del mar* (1982). En este ciclo, que se prolonga hasta *La arena errante* (1999) y que comprende los libros *Miro la tierra* (1986), *Ciudad de la memoria* (1989) y *El silencio de la luna* (1996), la tematización sobre el mal de la historia se define abiertamente como la fuente obsesiva de su atención. La historia, su pasión aborrecida pero irrenunciable, desfila envuelta con adjetivos de condena. La crónica se acerca así a la poesía y la poesía se sincroniza con el tema de la historia. La idea del tiempo como devastación o desintegración cede su sitio a la del tiempo como irremediable teatro de alegorías que se reiteran o se multiplican de manera hasta cierto punto grotesca. La declaración de principios ya estaba anunciada, por lo menos diez años atrás, en un célebre poema («A quien pueda interesar»):

*Que otros hagan aún
el gran poema
los libros unitarios
las rotundas
obras que sean espejo
de armonía
A mí sólo me importa
el testimonio
del momento que pasa
las palabras
que dicta en su fluir
el tiempo en vuelo*

*La poesía que busco
es como un diario
en donde no hay proyecto
ni medida*

Esta especie de bitácora en que se convertirá poco a poco su poesía, no obstante, de reflexiva tiende a sentenciosa, y de sentenciosa a moralizante en un deslizamiento no lineal pero sí acumulativo, que con frecuencia produce el efecto contrario al que buscaba en principio al plantearse el poema como una crónica de lo circundante. La utilización de máscaras o personajes que toman la palabra para emitir un juicio que invariablemente remite a la sociedad humana, fábula o alegoría tras la que siempre se escucha la voz del moralista, es el recurso ejercitado sobre todo en la primera y última partes del libro. Los objetos, animales o personajes no hablan en realidad nunca de sí mismos, no tienen una visión otra como correspondería a su naturaleza singular, sino que son utilizados como pretextos para el pensamiento del autor. En general los poemas de este último ciclo poético tienden a ser fábulas, demostraciones una y otra vez de ciertas ideas fijas acerca del mundo y de la historia.

El conjunto general o gran ciclo poético en doce capítulos que nos ofrece *Tarde o temprano* (2000) está relacionado con la evolución del concepto mismo de poesía a lo largo de toda una vida. Si Fernando Pessoa definió el sentido de sus heterónimos como un drama en gente, podríamos decir que Pacheco nos presenta en la suma de sus libros un drama en géneros. Así, la narrativa discute con el ensayo y la crónica se alía con la fábula, y todas hablan y convencen a la poesía. Así, lo que discurre a través de estas páginas es también un gran cuestionamiento e indagación sobre el poeta y su trabajo en la época contemporánea, así como sobre el pasado y el presente de este género. Pocas obras presentan tal amplitud, tal diapasión de abordajes del ejercicio poético.

El espectador que observa a través de estas líneas el mundo lee un conjunto de alegorías que ilustran una condición esencial, trágicamente circular, de la condición humana; la cual parece

no tener salvación ni superación posible, acaso sólo queda plasmar el testimonio con un contundente trazo que la contenga. Cada poema de Pacheco intenta ese trazo. En él hay una voz puntual y sombría. Unidades de observación que reducen cada vez más sus elementos, las piezas de los últimos libros pueden leerse también como parábolas de una fina mente escrutadora.

*¿Qué pensaría de mí si entrara en este momento
y me encontrara en donde estoy, como soy
aquel que fui a los veinte años?*

Pregunta en *Siglo pasado*, el libro que cierra *Tarde o temprano*. Recapitulación y acaso despedida de una de las obras poéticas más altas de la literatura mexicana, estos últimos poemas conmueven por su introspección sin artificio y la sosegada agudeza de su tono. Piezas breves, aforísticas, que parecen cantos rodados por el tiempo y la conciencia. Este último libro lleva además el significativo subtítulo de (desenlace). Aquella voz, que ha recorrido todos los registros y ha entregado realizaciones memorables en cada uno, se ha aquietado como el agua e igual que ella es ya sencillamente clara. La Historia, como una indispensable turbulencia parece dejada si no atrás por lo menos a un lado durante unos instantes para reunir un hilo de cuentas íntimas. Y desde una inesperada modestia le dice a esa aparición de veinte años que lo mira desde la puerta:

*Fracasé. Fue mi culpa. Lo reconozco.
Pero en manera alguna perdón o indulgencia:
Eso me pasa por intentar lo imposible.*

José Emilio Pacheco

Un poeta novohispano

Como se ahogaba en su país y era imposible
decir una palabra sin riesgo
Como su vida misma estaba en manos
de una sospecha una delación un proceso el poeta
llenó el idioma de una flora salvaje
Proliferaron estalactitas de Bizancio en sus versos
Acaso fue rebelde acaso comprendió
la ignominia de lo que estaba viviendo
El criollo resentido y cortés al acecho
del momento en que se adueñaría de la patria ocupada
por hombres como su padre
En consecuencia
más ajenos más extranjeros más invasores todavía
acaso le dolió tener que escribir públicamente sin tregua
panegíricos versos cortesanos juegos de hueco ingenio
pomposidades serviles
Sus poemas verdaderos en los que está su voz
los sonetos
que alcanzan la maestría en el nuevo arte
a la sombra de Góngora es verdad
pero con algo en ellos que no es enteramente español
los sembró noche a noche en la ceniza

Han pasado los siglos y alimentan
una ciega sección de manuscritos

Napoleón Lapathiotis

Sábados en la noche

Algo oprime mi pecho
que desea con vehemencia liberarse.
Cuando llega la noche
le dejo salir y va a encontrarse en las tinieblas,
y en las tabernas y garitos, con bonachones dulces mozos,
y con hombres....

Y a opacos jóvenes se entrega,
a los jóvenes lentos que desde el anochecer
hasta avanzada el alba andan solitarios,
y cantan y se divierten, borrachos en las calles,
con el corazón lleno de deseos....
con desesperadas canciones
de otro mundo llenas de pasión,
hasta apagarse extraño y manso el fondo....

Y cuando dan vuelta y se pierden
uno diría que su corazón se rompe,
mientras lloran y lloran sus anhelos
— y se van...
y escuchándolos divertirse en plena noche, lánguidos,
mis propios deseos corren en lo indecible,

y mi alma se llena de almas viejas,
antiguas, pálidas, muy tristes,
conocidas, que salen de las tumbas,
del más allá...

Languer d'amour

¡Oh, besar tus labios,
tus purpúreos labios,
con tanta pasión y deseo,
hasta hacerlos sangrar!

¡Hacer sangrar tus labios!
Tejer mis manos alrededor de tu cuerpo
y en la profundidad oscurísima,
atraerte hacia mí en esas tinieblas...

Y tú, quejándote:
«¡Oh, mis labios no,
oh, no los hagas sangrar y sufrir,
qué te han hecho
basta, basta mi amor, ya no más!»

Y que pasen las noches,
los amaneceres, los años
y yo diciéndote:
«Todavía, mi amor,
no te gocé lo suficiente... todavía!»

De profundis

Ten piedad de todo lo que se pierde
porque dicen que así fue escrito
y en la tumba se hace tierra
sin preguntar ¡porqué!

Ten de ellos piedad, tenla de mí,
de mí que busco respuestas
-con cariñoso corazón, oh Dios mío-
en aquellas cosas que no tienen sentido...

Apenas vislumbro algo que me guíe
de la oscuridad hacia la luz,
mi destino me arroja otra vez
a mi noche profunda y fría...

Ten piedad, Dios mío, de mi desesperanza,
ten piedad de la llama que en vano derramo,
-ten piedad de mí, el exasperado,
de vivir sin una meta, de vivir sin razón

Una canción lejana

Apenas se abrían los pétalos del alba,
una canción lejana, al fondo de la calle,
pasó lenta, como si no tocara la tierra,
a través de mi ventana.

Y apenas desperté de mi profundo sueño,
como encantado volví mi cabeza a los sonidos
y creí que era la voz de un niño perdido
que se acordaba otra vez de mí...

La oí apasionada caminar en la calle,
y cuando se perdió a lo lejos, mis párpados se cerraron
y mis ojos se llenaron de lágrimas
-acaso de alegría...

Jorge de Sena

Rodolfo Alonso

Nacido en
Noviembre de
Cândido de
influido por
miliar y a los
se alista en la
rra, de la cual
cluido dos
la primera
un inconfor-
acompañará
que va a
de entonces
bor de intelec-
Que recién en
ma de su pri-



Lisboa el 2 de
1919, Jorge
Sena se siente
la tradición fa-
diecisiete años
Marina de Gue-
iba a verse ex-
años después. Es
consecuencia de
mismo que lo
toda su vida, y
canalizarse des-
en su fecunda la-
tual y de escritor.
1942 toma la for-
mer libro:

Perseguição. Curioso, inquieto, independiente, comienza escribiendo sobre Camoens (una de las obsesiones de su vida), Shakespeare, Wordsworth, Rimbaud, Keats y Pessoa. Al mismo tiempo que amplía sus intereses a otras artes, la música, el teatro, el cine, la pintura, la arquitectura, y a la traducción. Jorge de Sena, que entendía la cultura como «libre discusión y esclarecimiento y conquista personal de la libertad de reflexión y expresión», no tardó en incomodar al salazarismo, que lo obligó a abandonar Portugal en 1959.

Este humanista crítico, que se decía marxista, nunca dejó de inclinarse sobre el mundo de lo real con exigencia ética y estética. En consecuencia, la poesía fue para él no sólo «dominio, disciplina, orientación ejercidas sobre el espíritu a todas horas, como una preparación constante, implacable, humilde y atenta de aquel momento en que el poema aparece» sino, también, quizás principalmente, un «deseo de expresar lo que entiendo es la dignidad humana: una fidelidad integral a la responsabilidad de estar en el mundo». Concepción, pues, de la poesía como «testimonio-lenguaje», que se opone radicalmente al engaño y a la simulación porque es

«un trabajo, a un tiempo solitario y solidario, de investigación sobre el mundo y el lenguaje y por eso (...) un acto de conocimiento transformador del propio mundo».

Exiliado en Brasil, encara una activa vida universitaria. Allí escribe también parte significativa de su ficción (cuentos, relato y la novela *Sinais de Fogo*) y de sus mayores obras poéticas, además de importantes ensayos. A partir de 1965, un año después de doctorarse, se radica en Estados Unidos, donde iba a fallecer, en Santa Bárbara, el 4 de Junio de 1978, dejando mucha obra inédita, que iría siendo dada a conocer póstumamente por su viuda.

De esta vida que supo ser fiel a la pasión de la poesía y a la conciencia civil, nos quedan muchos gestos que revelan su calibre. Pero quizá ninguno como aquel que lo convierte en uno de los primeros interesados en dar a luz una obra clave de Fernando Pessoa. En 1960, Jorge de Sena, que entonces era profesor en

el Brasil, inicia una larga y complicada negociación con la editorial Ática, encaminada a la publicación del *Livro do desassossego*, cuyos originales se encontraban en poder del coronel Caetano Dias, cuñado del poeta. (Puedo dar fe de la escasa disponibilidad que entonces demostraba este heredero. También en 1960 Aldo Pellegrini me encargó la que sería la primera traducción de Pessoa en América Latina, y pude asistir a las muy difíciles negociaciones para obtener los derechos.) Inmediatamente Maria Aliete Galhoz se dedicó en Lisboa a compilar, descifrar y organizar los materiales, cuyo primer envío es recibido por Sena en Febrero de 1962, firmando contrato con la editorial y disponiéndose a preparar el original, junto con una larga introducción suya. Ante la magnitud de la labor implícita, el contrato fue ampliado a su pedido hasta Junio de 1965. Pero habiendo sido advertido por otro de los editores, Georg Rudolf Lind, de que «se habían encontrado más de 100 hojas manuscritas con la señal L. de D.», Sena requirió de inmediato que se los enviaran. Ya trasladado a Wisconsin, recibió parte de esos manuscritos pero, después de una serie de complicaciones, en otra muestra de su integridad intelectual Jorge de Sena desistió en 1969 de continuar trabajando en el *Libro del desasosiego*, cuya dimensión había vislumbrado de los primeros pero cuyo futuro fue puesto en otras manos.

Jorge de Sena

Oda a los libros que no puedo comprar

Hoy, hice una lista de libros,
y no tengo dinero para poder comprarlos.

Es ridículo llorar por falta de dinero
para comprar libros, cuando a tantos le falta para no morir de
hambre.

Pero también es cierto que yo vivo aún peor que mi vida difícil,
para comprar algunos libros -sin ellos, también me moriría de
hambre-, porque el exceso de dificultades en la vida, la cuenta,
al final cierta, de traiciones
y puertas que se cierran,
los lamentos que oigo, los diarios que leo,
todo eso lo tengo que ligar a mí profundamente,
a través de cuanto sintieron, o solos, o mal acompañados,
algunos otros que, si les hablase,
destruirían sin piedad, a veces sólo con el rostro,
cuanta humanidad yo voy pacientemente juntando,
para que no se pierda en las curvas de la vida,
donde es tan fácil perderla de vista,
si la curva es más rápida.

No puedo ni sé olvidarme de que se muere de hambre,
ni de que, en breve, se morirá de otra hambre mayor,
del tamaño de las esperanzas que ofrezco al apagarme,
al atribuirme un sentido, una ausencia de mí,
capaz de permitir la unidad que una presencia destruye.

Por eso, necesito comprar algunos libros, unos que nadie lee,
otros que yo mismo mal leeré, para, cuando una puerta se me
cierre, abrir uno de ellos, hojearlo pensativo, abandonarlo por
inútil, y salir de casa, contando las monedas que me quedan, a
ver si alcanzan para el tranvía
hasta otra puerta.

Oda a al futuro

Hablaréis de nosotros como de un sueño.
Crepúsculo dorado. Frases calmas.
Gestos pausados. Suave música.
Agudo pensamiento. Sonreír sutil.
Paisajes deslizándose a lo lejos.
Eramos libres. Hablábamos, sabíamos,
y amábamos serena y dulcemente.

Una angustia deshecha, melancólica,
sobre ella soñaréis.

Y tempestades, desórdenes, gritos,
violencia, escarnio, confusión odiosa,
ignoradas primaveras muriendo
en las cuevas vecinas, las prisiones,
las muertes, el amor vendido,
las lágrimas y luchas,
la desesperación de la vida que nos roban
-apenas una angustia melancólica,
sobre la cual soñaréis la edad de oro.

Y, en secreto, tristes, extasiados,
hablaréis de nosotros -ide nosotros!- como de un sueño.

Francisco Morán

Librerías de viejo

¿Por cuáles misteriosas galerías
pasábamos de Obispo a los rituales
budistas, y a los sórdidos canales
de la ciudad, y luego a la armonía?

¿Qué camino era aquel que conducía
al reino de Ecbatana, a los helados
soles de París, a los ansiados
rincones de Madrid y Alejandría?

¿A través de qué sueño la escritura
permitía el azar de otro destino,
que el viaje protegiera su misterio,

contemplar a través de la ranura
de La Habana, el ansiado desatino
de entender nuestro propio cautiverio.

Homenaje a Paul Celan

El agua del Sena duerme con un ojo abierto
en los peces que fueron descabezados de un golpe,
limpiamente.

El pescadero no sabe cuánto fango
debe mirar, tragar un pez,
antes de adquirir esa lustrosa piel
que engalana los platos más exquisitos,
el gusto del *gourmet*.

Es difícil hacer equilibrios sobre los puentes.

La noche helada tiene un aire familiar y casero
que recuerda a los acróbatas del circo,
el asombro de ver los cuerpos
curvándose en el aire.

Miras extenderse la carpa sucia de la ciudad
sobre tu cabeza.

Debajo están la muchedumbre
de mujeres barbudas,
los enanos polifémicos,
y las fieras domesticadas.

Antes del salto
hay siempre una nostalgia inmensa,
un ansia de fuego que te ciñe al agua.
Después sólo queda el tiempo,
pulido, reluciente,

Fin de milenio

Mi sombra se proyecta sigilosamente sobre el piso.
Se alarga como gesto de prestidagador
que ha olvidado sus viejos trucos.
La miro alejarse de mí entre espasmos
e inútiles resoplidos.

Afuera, los otros persiguen la sombra del milenio,
atosigan al tiempo con celebraciones,
regalos y estrépitos de guerra.

Mi sombra me deja y se va a la calle.

Es hora de cometer el crimen perfecto.
Es hora de agotar el último esplendor.

Paul Verlaine

La fealdad tiene sus ocurrencias.
En los hospitales y cárceles se la trata con emplastos,
medicinas y golpes,
y con el escupitajo
sobre la cabeza desvergonzada
que osa levantar su trompa
de elefante de circo.

Una inscripción marca para siempre
el rostro que va a ser demolido,
la parafina del cuerpo
que no quemaron la pasión del adulterio,
ni la sublime indecencia
de una proposición en un baño público,
o detrás del último recodo
de la adolescencia.

La fealdad no tiene siquiera el sedante del infierno.

Sólo que, por el sitio más impensable,
pueden aparecer en cualquier momento
el crepúsculo fatal, las miasmas calurosas

de Rimbaud.

Víctor Bustamante

La calle del solitario

Caminaré por las mismas calles solitarias
acompañado por la llama de la hierba que da fresco a mis
noches,

así como el viento que besa mi cara.

No miraré la última cara de los habitantes de Medellín
parados en las esquinas, que miran con terror un hombre
solitario hundido en el rastro de sus pasos.

En la noche de la calle
nada hay más elocuente y usurpador que un caminante que
pasa sin importarle el mundo.

Ese tipo debe ser un solitario dicen los muchachos de las
esquinas
pero ellos no afirman nada.

Nadie quiere caminar en la noche
nadie quiere oler el aroma de los eucaliptos que pasan raudos
por la canalización.

Seré confundido con un asaltante de la noche
y si la patrulla se detiene pedirá los papeles de identificación
porque nadie en estos tiempos del oprobio puede caminar de
noche sin guardaespaldas
por la orilla de una quebrada sucia y con sus sueños en los
bolsillos.

Por Bou

Encerrado en su hotel no ha podido cruzar
La última línea fronteriza, él que tantas fronteras cruzó
Entre la cábala y el otro judío,
Atrás queda una ciudad inventada con fragmentos de París,
Copenhague, Viena y Moscú.
Asja Lasis lo ha abandonado.
Guardas españoles lo han apresado en el hotel,
Una maleta guarda sus proyectos de los Pasajes de París.
Sus amigos dispersos recuerdan los manuscritos de la
Biblioteca Nacional
Exilado en Dinamarca las cenizas de plata colorearon sus
sienes
Sabe que la huida es saber que ya no se presentan fronteras,
solo lo espera la última: la muerte.
El sueño de su doctorado es apenas un subterfugio.
Sabe que ha llegado por otro camino más arduo: la
especulación.
Siempre ha huido por ese destino escrito por las estrellas y que
nunca consultó.
Nada lo espera, sino la certidumbre de tener que morir por su
propia mano,
No quiere vestir las rayas de Dashau.
Walter Benjamin no quiere abandonar sus ensayos
inconclusos.

Tarde

Poblar la tarde de música y de droga
pero que sea fuerte
Poblar la tarde de vino y de mucho rock
pero que encierre
Entretejer la hora con una larga pausa pero de mucho ensueño
Cerrar el cuerpo a la tristeza que asoma con su pico en cada
esquina
Calmarla con yerba y con brandy junto a alguna desconocida
pero que sea amable encontrada en los esteros del deseo
Tardes que calman el vino y la coca
Tardes que punzan junto a la cerveza y al mismo silencio
Silencio que aproxima
Calles de oriente, calles de Medellín
Isla sin calles
Apenas una ruta: el vino
que entrega otras sensaciones
Apenas la coca que desvela, rasga los ojos
y escarba la luz de la mañana
Ojos sin párpados abiertos durante la noche
Ojos sin sosiego que no calman ningunos ojos.

Epitafio

También tú, poeta, escuchaste noticias sobre campos, calles
caminos llagados de sangre como si pertenecieran a un país
antiguo y bárbaro de viejas religiones

También tú callaste, poeta, cuando la maquina de guerra
vilipendió, cercenó, destrozó, masacró y borró de una manera
tan inútil y brutal: risas, labios rojos, esperanzas y vidas
engrosando el oprobio.

También, tú, poeta, no escuchaste lagrimas ajenas ni gestos de
desesperanza o el terrible dolor de mañanas con soles rasgados
y negros y más que negros cortadas a balazos y rasgadas con
cuchillos de odio sobre el verde de los campos y el gris de las
calles o las olas negras con necrologías manchando listas de
quienes no se despidieron y son buscados de una manera tan
inútil en los diarios y la tele.

También tú callaste, poeta, cuando el paisaje cambió de
nombre y muchos pasos debieron huir mas allá del valle y del
agitado mar

También, tú, poeta, eres esa misma carne y esa misma sangre,
también esas voces y esas cuencas que ya no miraran la última
estrella de una risa cercana

mas acá de soles rojos y sangres cercadas de lunas ebrias
también sangrientas y más allá de calles, pueblos,
campos y anónimas cañadas
cuando el viento barre: noticias, voces y alaridos de guerra,
poeta,
de otros que siguen tejiendo la muerte.

Blanca Castellón

Hoy

1

Probando sábado
probando Blanca hoy
se destiñe el horizonte
corren los colores hacia ti
voy y vengo
en transparencias
fertilizo la interrogación
me llaman y no estoy
tal vez regrese
tal vez.

2

Florecen palabras
como ayer
estallan en
mi oído
sin fin
ni fon
por que les da la gana
de pisotearme la lengua
de enredarla en su maraña
por que tienen un son
sin razón
por que son mi sazón

3
Despertar meloso
en tu panal.

4
Dije que vendría
aquí estoy
a la orden
del silencio.

5
Maldecir el tiempo
bendecir el hueco
santificar la hoja
estar sin mi
sin vos
adentro de tu voz.

6
Cuantos giros
cuantas alas
sin volar
me estrello
contra el cráneo
del globo.

7
Y se hizo
nada
y se deshizo

en fibras
acorazonadas.

8
Y empezó
a dudar
y a comer
la luz de su
resonancia.

9
Dije que volvería
a los filamentos
de tu desnudo
tópome
con una larga
fila de negaciones.

10
104 días
yo estoy adentro.

11
Devota
minúscula
erguida
en tu deseo.

12

Doce voces
creciendo
en la humedad
cinco misterios
marcados en la frente
purifícame
la idea
de arder
en la rareza.

13

¿Donde están las señales?

14

Es ayer
la meta
antes:
envuélveme
arrástrame
a tu centro.

15

Déjate ir
en mi vacío.

16

¿Por que no llegas?

Iacyr Anderson Freitas

Sentido

sin duda un ritmo
algo impreciso
en sus conchas,
sabr  recordar
lo que se escribe ahora,
en la cincha
que el calor murmura,
pero en contienda,
sin otros lazos
que el delito de esas flores,
oh pobres, oh desguarnecidas,
como el sol
de un tejado corroído
bajo la piel.

un ritmo: sin duda
muy poco
ante el vestigio
de lo que aquí se espera.

de repente la hora calla
en las marismas.
el sentido duerme,
la pasión indaga
la muerte, otra quimera.

Lustro

más que la noche,
en el abandono de cada segundo,
en el dolor
donde el silencio
destila sus ardides.

más que la noche, el yugo,
desconsuelo cavando sus diques,
veranos detenidos en el claustro,
entre fiebres,
para el ejercicio de una fecha cualquiera
(ya perdida
en el piso de los meses).

como si antaño
en la difícil elección de existir,
aún fuera posible esa fuga
que se evapora de la noche
(en ese cuarto)
y para siempre
de la memoria.

Soledad

de la infancia no llegan postales
apenas algas
y un cierto olor a nube
que el viento disimula.

alguien discurre sobre el diluvio.
el telégrafo se calla.

distinto se hizo el ejercicio de la aurora,
ornada por un sol de pobres.

de algún país
llegan las convocatorias
pero ya no basta estar entre los navegantes
para sobrevivir
(lo que fue el amor
no nos escolta).

nos quedamos solos,
con el día desvaneciéndose,
en el humo.

día espeso, espeso,
en el que aún no es posible penetrar.

Constelación

durante incontables noches
durante días tan numerosos
como las leguas de viento
en su geografía o espanto
navego ese mar que me entierra
busco la isla prometida
la constelación de islas
o incluso la tierra
- esa
que regresará sobre mi cuerpo
cual ciudad
de cosas muertas o vencidas
cosas nacidas del limbo
crecidas del limbo
para cualquier mitología
que desconozco

Juan Mildenberger

Heridas tibias

Es extraño que uno tenga
guardado un llanto de heridas tibias
en la palma de la mano,

y que ese llanto emerja
cuando la herida fría vuelve a entibiarse
hasta arder en una tarde
vieja como el tiempo.

Es extraño llorar solo, solamente
en la oscuridad,
como con vergüenza de macho
aunque las heridas duelan
sin distinción de sexo.

Uno le presta atención al llanto guardado,
entonces fluye ese amontonamiento de lágrimas
que moja

toda la noche, todas las sábanas,
toda la carne abierta de un tajo frío,

con agua contaminada
por las miserias del tiempo.

Lluvia

La lluvia de Noviembre
arrecia

atravesando el tejado,

metiéndose en una cama húmeda,

mezclándose con calores y sudores y salivas,
y gemidos
y luces calientes
de relámpagos interminables.

Vuelos

Encontré un gorrión muerto
y lo enterré junto a un rosal
en el jardín de mi madre.

Las raíces absorbieron restos
del pájaro
y las flores cambiaron de color
al cabo de un tiempo,
tanto que las rosas, ahora rojas,
parecen volar en días quietos.

Alguna abeja se mete en las rosas cada tarde
y el pajarito ya está, diminuto,
en algunos panales, poblando la miel,
dulce como ese vuelo que seguirá cambiando
de forma
imperceptiblemente,
misteriosamente,
sugiriendo que la muerte parece ser
apenas
un cambio de ropas.

Jaulas

Un pájaro canta afuera de la jaula
como con miedo
a sus ganas de encerrarse.

La puertita está abierta,
y el agua y el alpiste
cantan más fuerte que el pájaro,
llamándolo.

Pero al fin se escapa
volando un vuelo azul

que lo aleja del alpiste, del agua
y de la trampa de una puertita abierta
que grita su fracaso.

Felipe García Quintero

El vacío el aire

En la muerte las palabras a la muerte.
Humo de victoria, huesos y más huesos el tributo.
En la cima del aire el eco de un cielo roto me interroga.
El silencio del cuerpo:
La desnudez en que duermes. El sueño que te cubre.

*

Si el eco del sendero respondiera a nuestro silencio de ser
piedras del río abandonado por sus aguas.
Si la muerte se alejara con el canto. Me digo.

*

Al camino de la voz vacía. Mi silencio de ti, tuyo.
Perfecto deseo de ser nada.

*

Un gesto es apenas el nombre. Otro el rostro.
Y en la suma del vacío la resta del cuerpo brilla.
Mas, si lo que se despide de las manos, de las manos brota ¿es
la ausencia la escritura?

*

Miro mis ojos. Vicio de oscuridad.

Y el cuerpo en que insiste la vida –agua primera, fuente
antigua- el único camino en la noche escrito.

Cruz del infinito
¿quién puso el cielo en tu nombre?

*

La muerte te hace animal humilde. Me digo.

*

Si todo lo que calla es un perfume, en la rosa de la espera
florece la espina.

*

Como fiebre de río vagar desnudo de piedra en piedra sin al
cabo tocar las puertas de una oración.

*

El viento en la piedra. Silencio del aire.

*

Y feliz el niño va entre la multitud perdido.
A la sombra del mediodía juega en el laberinto de una ronda.
Con la oración viene la noche. Llega con el llanto del cuerpo
mudo.

*

Rodar de piedras. Música humana.

*

Donde la infancia sueña, la mirada despierta junto a las
piedras.
Y el miedo entre los árboles, otro follaje.

*

¿Casa el lenguaje?
¿Vivos la vida?

*

Las cosas acallan la voz de las cosas.
Sólo quien retirado del mundo habla de su mundo entiende
tanto silencio. El vacío del aire.
Cuando el lenguaje –agua de ruego- es piedra de sacrificio.

*

Soplo a soplo la piedra es viento
y arde el aire soplo a soplo
en la sangre las llamas del cuerpo.

*

Vuelve la pregunta lejana en su eco.
Como el espejo no cesa de mentir que estamos vivos.

*

Saber de las alturas:
un animal más, el aire.

*

En una oración de domingo, la voz acallada del que enciende la
cerilla de la vida en las manos como una luz de ceniza para los
labios, donde el rojo no quema.

Y muerto flota el río sobre el agua.

*

Pregunto a mis ojos por mí.

Con mi voz –pastor del aire- me abrazo en silencio a este
corazón cansado de repetir sin cesar su fin.

*

Pero ¿a quién entregar, piedra por piedra, las ruinas de la voz?

Ese rostro donde jamás estamos.

*

Cuerpo deshojado
el aire que respiro.

*

La voz oscura entre los pasos camina.
Y mi sombra –vacío encendido- es la espera del cuerpo.

*

El vacío, esa montaña del aire.

José Emilio Pacheco (México, 1939) poeta, narrador, ensayista, crítico literario, traductor y periodista hizo estudios de derecho y filosofía en la UNAM. Acaba de ganar el Premio Pablo Neruda

Jorge Fernández (México, 1965) ha recibido el Premio Jaime Sabines y el Nacional de Poesía de Aguascalientes.

Napoleón Lapathiotis (Atenas, 1888-1944) escribió poemas desde que era niño y fue director de la revista *Igiso*, donde publicó buena parte de su obra. En 1909 se recibió de abogado de la Universidad de Atenas, pero vivió los años postreros en la pobreza y la drogadicción. Homosexual, de finos modales y gustos, vivía de noche, deambulando en la calle Stadiú con una rosa roja en el ojal y luego descendía a los bajos fondos en busca de amantes y pasiones. Publicó sólo un libro, *Los poemas*, de 1939. Fue un amante de los felinos, que vivían con él en la casa paterna del barrio bohemio Exarjia, donde se suicidó durante la Segunda Guerra Mundial. Sus poemas han sido traducidos por el poeta cefalonio Rigas Kappatos.

Jorge de Sena (Lisboa, 1919-1978) es el escritor más significativo de la literatura portuguesa en la segunda mitad del siglo XX. Autor de una obra extensa y poliédrica, pues no hubo género ajeno a ella, fue capaz de deslumbrar en cada una de sus vertientes. Renovó la narrativa portuguesa con su novela *Sinais de fogo*, fijó la base estructural de la crítica literaria en su país con *Dialécticas Teóricas da Literatura* y sus aportaciones a la historia de la cultura resultaron decisivas para una comprensión científica de la importancia de autores como Camões o Pessoa. Y aún le quedó tiempo y humor para burlarse de cuanto le parecía fatuo y ridículo dentro del mundo de las letras en los dos volúmenes de *O Reino da Estupidez*. Pese al acierto y relieve de toda su obra narrativa, ensayística y teatral, Jorge de Sena fue, sobre todo, un extraordinario poeta. Sus poemas fueron traducidos por Rodolfo Alonso.

Francisco Morán (La Habana, 1952) es profesor de literatura hispanoamericana en la Southern Methodist University. Recibió el Premio Luis Cernuda por su libro *El Cuerpo del delito* y es redactor de la revista electrónica de literatura cubana: www.habanaelegante.com

Víctor Bustamante (Barbosa, 1954) es economista de la Universidad de Medellín, director de *El Perro Rabioso* y autor de *Luis Tejada: una Crónica para el Cronista* (1994), *Amábamos tanto la Revolución* (1999) e *Historia del Estadio* (2001).

Blanca Castellón (Managua, 1958) es vicepresidente del Centro Nicaragüense de Escritores. **Orilla opuesta** es su libro más reciente.

Iacyr Anderson Freitas (Patrocínio do Muriaé, 1963) es ingeniero civil de la Universidade Federal de Juiz de Fora. Ha traducido a numerosos poetas españoles e italianos y recibió el Premio Ciudad de Belo Horizonte. Sus poemas fueron traducidos por Carlos Vitale.

Juan Mildemberger (Crespo, 1966), pintor y poeta ha publicado *Un tajo en el agua* (2003).

Felipe García Quintero (Bolívar, 1973) hizo estudios de Literatura en la Universidad del Cauca y dirige la revista de poesía *Ophelia*. Recibió el Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia.

La foto de la portada es de **Tina Modotti**.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

ENTRE NUESTROS AUTORES FIGURAN

ELKIN RESTREPO
AFFONSO ROMANO DE SANT'ANNA
CARLOS JIMÉNEZ
CHARLES BUKOWSKI
CRISTINA PERI ROSSI
DU FU
FERREIRA GULLAR
KONSTANDINOS KAVAFIS
MANUEL BANDEIRA
MONTALE, UNGARETTI Y QUASIMODO
PAULINA VINDERMAN
RAÚL RIVERO
T.S. ELIOT
LAWRENCE FERLINGHETTI
BOB DYLAN
HAROLD ALVARADO TENORIO
CHARLES BAUDELAIRE
ALBERTO DA COSTA E SILVA